

Luis M. Sáenz

¿Rebelarse para desglobalizar o globalizar la rebelión?

I

Crece la influencia de "fascistizantes" y xenófobos en la UE; gobiernan ya algunos de sus Estados. Parece que Bolsonaro alcanzará la presidencia de Brasil. El panorama mundial queda completado por la hegemonía de las políticas neoliberales *urbi et orbi* y por gobernantes de la ralea de Trump, Putin, Erdogan, Xi Jinping, Assad, Duterte, Ortega, Abdulaziz, Netanyahu, Rohaní... Ante ello, la única propensión claramente positiva es el ascenso fulgurante de la lucha antipatriarcal de las mujeres, que también están al frente de la resistencia a las tendencias neofascistizantes, en el ámbito social (huelga mundial 8M) e incluso en el electoral: sondeos para la segunda vuelta de las presidenciales brasileñas dan a Bolsonaro el 57% del voto masculino y sólo el 42% del voto de las mujeres, situación similar a la que se dio en Estados Unidos, Austria, etc.

En la UE, pero no sólo en ella, han dado impulso a ese ascenso "ultra" la degradación social, el empobrecimiento y la precarización de las vidas de millones de personas a consecuencia de la fase actual del desarrollo capitalista y de las políticas a ella asociadas bajo la retórica de la estabilidad y la austeridad; digamos el *neoliberalismo*, aunque no me gusta el término. Estas corrientes fascistizantes son neoliberales, pero lo ocultan con cierto tono "antisistema", al menos "antiélites", y presentan falsas "soluciones" que se dirigen contra franjas importantes de las clases populares, en ausencia de alternativas desde "la izquierda", colaboradora del proyecto neoliberal una parte de ella y perdida otra entre perspectivas nada realistas y lenguajes incomprensibles para la población. La "izquierda radical" carece de horizonte post-capitalista pero maneja un programa mínimo carente de realismo. En ese sentido, tienen razón Illueca, Monereo y Anguita cuando, en "¿Fascismo en Italia? Decreto Dignidad" y "¿Todos los gatos son pardos?" (cuartopoder.es) señalan que el ascenso de Salvini y otros similares es "reflejo del fracaso de la izquierda", aunque difiero de su estrategia.

Estos hechos han dado lugar a interpretaciones muy diferentes. Una parte de "la izquierda" considera que la emergencia de tales tendencias ultrareaccionarias es expresión transitoria, positiva aunque algo "sucía", de una crisis del neoliberalismo y de una ruptura social con él; de hecho, algunos no ocultaron su satisfacción por el triunfo de Trump ni su preferencia por Le Pen. Desde una concepción estatalista y jerárquica del cambio social, les atrae la faceta "antiglobalizadora" y nacionalista de estos movimientos neoreaccionarios. Mi punto de vista es otro.

Para empezar, estas ultraderechas son tanto o más neoliberales que las derechas tradicionales. Sam Farber escribe: "*Por supuesto, lo que resulta irónico es que Trump está implementando de la manera más despiadada un programa neoliberal, no en lo que se refiere al comercio internacional, ámbito en el que se desvía de la línea republicana neoliberal, sino en lo que es mucho más importante: el desmantelamiento de las políticas fiscales y reguladoras, particularmente en las áreas laboral, medioambiental y de protección del consumidor, lo que, en su caso, va acompañado por el viejo énfasis racista en reducir los derechos civiles y el derecho de voto*" ("Donald Trump, Lumpen Capitalist", en *Jacobin*).

En segundo lugar, aunque quizá la etiqueta *fascistas* no sea muy exacta para algunas de esas corrientes, todas comparten un rasgo *fascistizante* que las hace muy peligrosas: buscan y en parte consiguen la "activación" subalterna y no autónoma de la ira e incluso de la acción de franjas de las clases populares -sobre todo de "pequeña burguesía" en dificultades- contra otras franjas de las clases populares, a diferencia de las corrientes tradicionalmente gobernantes en Europa Occidental, que proclaman gobernar para ©"todos" y prefieren una sociedad desactivada que les deje hacer a través de los mecanismos propios del poder estatal monopolizados por las élites.

En tercer lugar, el vínculo entre estas ultraderechas y las derechas tradicionales no es tan tenso como pueda parecer, pese a la competencia electoral. Las presiones de los gobiernos más derechistas en la UE suelen "rentarles" concesiones, sobre todo en política de migraciones, asilo y refugio o fronteras y bloqueo de la ampliación de competencias de la UE; otra muestra de ello es la "paciencia infinita" hacia los gobernantes del Reino Unido tras la aprobación del Brexit, en contraste con el trato dado a una Grecia que no tenía deseo ni intención de irse de la UE sino sólo de relajar la presión para el desmantelamiento social. Esto no significa que Merkel, por ejemplo, sea lo mismo que los líderes de Alternativa por Alemania, de hecho Merkel es la gobernante de la UE que trató de mantener y mantuvo durante un tiempo la actitud menos mala sobre la acogida de refugiados, aunque la modificó bajo la presión xenófoba de su propio partido y de dirigentes europeos como el entonces "socialista" Valls.

En cuarto lugar, el que algunas de estas corrientes mantengan un discurso antieuropeísta o desglobalizador, con verborrea sobre soberanía e independencia nacional, no les aporta un ápice de "progresismo" sino que acentúa su carácter reaccionario y multiplica los daños que provoca su influencia sobre franjas de las clases populares, a las que se quiere encasillar en sus

países y en el "Estado" justo cuando lo importante se juega en ámbitos globales.

II

Para bajar a tierra estas reflexiones partiré de las hechas sobre el caso italiano, con proyección estratégica más amplia, por Illueca, Monereo y Anguita. Difiero mucho de ellas, pero permiten un debate constructivo por su elaboración y claridad. Y parten de una preocupación real, que comparto y valoro, por las condiciones de vida de las clases populares. Me ha molestado, sí, que hayan hablado injustificadamente de una "coincidencia amplia" entre "extrema izquierda" y neoliberalismo, pero no voy a contestarles diciendo que ellos coinciden con Salvini, con los racistas o con los fascistas porque no es cierto. Son antiracistas y antifascistas, aunque su estrategia no favorezca esas causas.

El primero de sus dos artículos antes citados estuvo dedicado al denominado *decreto dignità* o *legge Di Maio*, que, entre otras cosas, introduce reformas en la legislación laboral. Illueca, Monereo y Anguita lo consideran positivo aunque insuficiente, con más incapie en lo de *positivo*: "*el Decreto Dignidad constituye un punto de inflexión en las políticas sociales aplicadas en Italia desde la irrupción del neoliberalismo*", dicen. Citan disposiciones que consideran positivas, y algunas lo son, pero ignoran otras negativas, como las que facilitan aún más el uso del *lavoro a voucher*, trabajo ocasional deslaboralizado para empresas o particulares, o no ven la ambigüedad de disposiciones como la que establece la *causalidad* de la contratación temporal sólo a partir de los primeros 12 meses, ignorando que ese año de "barra libre" llevará más al aumento de la rotación entre trabajadores temporales que a la estabilidad laboral.

Mi evaluación global sobre el decreto es más bien negativa, pero estoy de acuerdo en que hay que evaluarle por su contenido lo haya emitido quien lo haya emitido. No todas las decisiones de un gobierno odioso son odiosas. La *legge Di Maio* no es una

gran reforma, sino un paquete de retoques de signos diferentes, con eficacia más retórica y política que social. No es el "apocalipsis" de los derechos sociales tras 20 años de desregulación laboral, pero tampoco un punto de inflexión en las políticas sociales, pues se inscribe en el rumbo neoliberal de los gobiernos anteriores; tampoco se dirige a *"erradicar el empleo precario y a promover el trabajo de calidad, seguro y bien remunerado"*.

Mi discrepancia crece ante la consideración de que *"el Decreto Dignidad constituye un notable esfuerzo por defender al pueblo italiano contra los señores de las finanzas y de las deslocalizaciones"*. Como los decretos no "hacen esfuerzos", es obvio que ese esfuerzo de defensa del pueblo se atribuye al gobierno italiano o a una parte de él. Eso es ir demasiado lejos. El gobierno italiano actual sigue siendo neoliberal, de hecho Illueca, Monereo y Anguita reconocen que "no cuestiona el paradigma dominante del mercado de trabajo". Y difícilmente podrá negarse su talante autoritario y xenófobo, inserto en el contrato programa M5S-La Lega (*"argumentos de izquierda combinados con prioridades de derecha"*, dice Francesca Gerosa). Para precisar: más autoritario y más xenófobo que lo que ya lo eran y son los planes que se vienen aplicando en el espacio de la UE.

El proyecto subyacente al gobierno italiano es de provocación e incitación de odios, fracturas y enfrentamientos entre las clases populares de Italia, no exclusivamente contra la población migrante o gitana, aunque ese sea su banderín de enganche. El contrato-programa expresa sus intenciones de imponer la "flat tax" (impuestos *planos*, no progresivos) o de acelerar el desalojo -y deportación en caso de ser extranjeras- de las familias que han ocupado viviendas pese a que acrediten dificultades económicas si no padecen además dificultades psico-físicas. La Lega y el M5S son hostiles a la organización de las y los trabajadores -¡no os organicéis, sed modernos y participad en votaciones digitales manipuladas

y sin deliberación colectiva!-, y no digamos ya a las asociaciones y colectivos que defienden los derechos de toda persona sea cual sea su origen, como ha puesto a la luz el arresto y deportación de Domenico Lucano, alcalde de Riace, y la voluntad de desmantelamiento del exitoso sistema de ayuda y refugio en ese municipio, aunque este ha anunciado su voluntad de mantenerlo con sus propios medios sin ayudas estatales. El ministro de Familia del gobierno es un conocido y agresivo machista y homófobo; el contrato-programa incluyó las tesis neomachistas sobre el "síndrome de alienación parental" y la custodia compartida obligatoria. Varios de estos rasgos se encuentran también en partidos "estándar", como PP y Cs en España, pero yo no he dicho que PP y Cs defiendan al pueblo. Decir que el gobierno italiano se ha esforzado en defender al pueblo italiano es algo insostenible, incluso aunque se le hubiese arrancado o se arranquen en el futuro algunas mejoras parciales para grupos específicos de trabajadores. Obviamente, tampoco los gobiernos anteriores han defendido al pueblo, de hecho ningún gobierno defiende al pueblo y este debe defenderse a sí mismo, aunque eso no quiere decir que todos los gobiernos sean iguales. Algunos cerdos son más cerdos que otros.

Lega Nord y M5S no son lo mismo y tendrán conflictos de socios, como el de estos días en torno a la amnistía fiscal a los evasores. Tampoco son iguales sus bases sociales, descritas así por Illueca, Monereo y Anguita: *"De hecho, la alianza entre La Lega y el M5E se apoya en dos bloques diferentes y contradictorios: por un lado, la base social de La Lega, radicada fundamentalmente en el norte y formada por pequeños y medianos empresarios golpeados por la globalización, con apoyos importantes en las capas superiores de la fuerza laboral; por otro, la base social del M5S, concentrada en el sur y centro del país e integrada por las clases subalternas y estratos medios empobrecidos"*. No discutiré esa caracterización, aunque el M5S

también es influyente en sectores "modernos" y de talante "competitivo" bastante o muy acomodados. De hecho creo que a proyectos como el de Bolsonaro, el M5S o el de Trump se les atribuye más influencia que la que tienen entre los sectores obreros más empobrecidos, aunque les favorece la decepción y el consecuente abstencionismo de muchos de éstos. Eso no quita que efectivamente las corrientes neofascistizantes no sólo estén mordiendo entre sectores intermedios sino también en las clases trabajadoras.

No obstante, el carácter de un proyecto político no lo decide la composición social de sus votantes. Lega Nord nació ya con el rasgo de incitar al pueblo contra el pueblo, no sólo en tanto que racista sino también como "anti-Sur". M5S, que algunos vieron injustificadamente como un Podemos a la italiana, emerge con un discurso confuso, pero pronto quedó clara la deriva de Grillo (no sólo xenófoba, también fomentó la idea de abolir las centrales sindicales), el autoritarismo oculto tras la parafernalia digital, el papel de Casaleggio Associati y la influencia de la pseudomodernidad vinculada a la brutalidad del "neoliberalismo digital" y a su ideología elitista. En el Parlamento Europeo el M5S está en el mismo grupo que Alternativa para Alemania, Demócratas de Suecia y otras extremas derechas fascistas o fascistizantes.

No creo que la mayoría de votantes del M5S sean fascistas. El régimen político italiano no es fascista, aunque su descomposición y corrupción sea evidente desde hace años. En cuanto a los actuales gobernantes de Italia y los líderes de la coalición que lo sostiene, al menos tienen en común el marcado rasgo fascistizante de arrojar al pueblo contra el pueblo. Decir que defienden al pueblo es difícilmente justificable, incluso desde una visión muy limitada de lo que es *pueblo italiano*.

Quizá lo más relevante de lo escrito por Illueca, Monereo y Anguita en ambos artículos sea *"Estamos, por tanto, ante una gran alianza político-social que expresa la*

ira acumulada por la gestión neoliberal de la crisis, una rebelión ya inocultable de los humillados y ofendidos por las políticas de la UE". Esa confusión da lugar a una visión benévola sobre el ultraderechista gobierno italiano. El entramado en torno al que se sostiene el gobierno Salvini-Di Maio no expresa la ira social ni la rebelión de humillados y ofendidos (menos aún de *las humilladas y ofendidas*), que no tienen en tal alianza lugar propio ni vía de expresión de su rebelión; por el contrario, cuanto más franjas populares confíen en esa alianza más se bloquea la posibilidad de que su ira se oriente hacia el sistema de dominación que las empobrece y se convierta en rebelión. Salvini y Di Maio han aprovechado esa ira y decepción en su beneficio y contra las y los humillados y ofendidos, que tanto más cavarán su fosa cuanto más vuelvan su ira hacia otros humillados y ofendidos. La Lega y M5S, su alianza, su gobierno, no expresan la ira popular.

Al no entenderse esto, se interpretan mal los acontecimientos políticos. Dicen los compañeros que *"Lo que emergió en las elecciones del 4 de marzo es una auténtica rebelión popular contra la UE, similar a la que se produjo en Gran Bretaña con el Brexit. Una rebelión muy parecida a las que tuvieron lugar en otros países europeos como Francia, Holanda o Grecia, donde sucesivos referéndums rechazaron sin ambages el diktat de Bruselas"*. ¿Es así?

En Reino Unido, Francia y Holanda el papel de las "izquierdas soberanistas" que propugnaron el Brexit o el No a la Constitución europea pudo influir en unos resultados bastante ajustados, pero fue marginal en la gestión del resultado y subalterno a la deriva nacionalista y reaccionaria liderada por diversas derechas. El bloqueo a la Constitución europea por Francia y Holanda no conllevó un desplazamiento, por pequeño que fuese, hacia "otra Europa" más social y democrática, sino que trajo el Tratado de Lisboa, que acogió presiones reaccionarias de los gobernantes de Reino Unido y Polonia. El Brexit no ha fomenta-

do ningún movimiento popular de signo progresivo, salvo algunos de los que hay en su contra. Difícilmente pueden sostenerse hoy los balances según los cuales el No a la Constitución Europea en Francia y Holanda o el apoyo al Brexit fueron un golpe al proyecto neoliberal. No fue así ni podía ser así porque su contenido *dominante* era regresivo y nacionalista.

El caso de Grecia es diferente. Allí hubo rebelión, derrotada. Allí se salió a votar NO a los recortes. Allí había mimbres para *intentar* gestionar ese NO en concondancia limitada con los intereses de las clases populares. Era un NO de avance, de progreso social. Las cosas salieron mal. Pero no confundamos las derrotas en batallas por causas justas libradas en condiciones desfavorables y con muy graves errores de Syriza, con las derrotas en batallas por causas equivocadas y ajenas. La victoria de La Lega y el M5S en las elecciones italianas fue otra cosa. Fue una victoria reaccionaria, regresiva, nacionalista y xenófoba, como lo fue el Brexit, sin que eso quiera decir que quienes votaron al M5S o al Brexit lo fueran también. Me asombra que haya tantos izquierdistas que ven rebelión popular en el Sí al Brexit o en el voto a La Lega o al M5S y no hayan visto nunca la rebelión popular siria o la rebelión popular contra el despotismo de Ortega, a las que, más bien, negaron; con esto no me refiero a Illueca, Monereo o Anguita pues no conozco su postura ante lo ocurrido en Siria o Nicaragua.

Illueca, Monereo y Anguita escriben "*La actual fase de la política italiana sólo puede comprenderse en el marco del enfrentamiento que el gobierno nacional mantiene con Bruselas*". Aunque el gobierno italiano, junto al austriaco y el grupo de Visegrado, mantiene con la UE un pseudo-enfrentamiento en torno a políticas migratorias, tibio por ambas partes, pero muy dañino para centenares miles de personas porque siempre deriva en un paso más hacia la "UE fortaleza", creo que los compañeros se refieren en esa frase sólo al

enfrentamiento en torno al presupuesto italiano para 2019, la *Manovra 2019*, por unas décimas de déficit, ya que del contexto se deduce que hablan de un enfrentamiento en el que, en su opinión, el lado a apoyar sería el "gobierno nacional" italiano. Lo que llama la atención es la prioridad que dan a un aspecto de la situación política italiana, las tensiones presupuestarias entre su gobierno y la UE, cuando hay otros tanto o mucho más relevantes. Creo que se debe a que ponen el centro de la política en el enfrentamiento entre "soberanías nacionales" y UE, relegando el papel de los conflictos sociales. Sin duda hay que poner en cuestión la política presupuestaria dominante en la UE, aunque no tanto por sus cifras como por sus contenidos, pero eso no hace que cualquier presupuesto que se salga de ella sea progresista; y no hay que cuestionarla desde la "soberanía nacional", sino desde lo social y lo común a las gentes trabajadoras de la UE.

En "las izquierdas" antineoliberales hay una confrontación entre la perspectiva soberanista-estatalista y la perspectiva globalizadora-transnacional. La visión estratégica de Illueca, Monereo y Anguita se enmarca en la idea de que "Bruselas", como aparato ajeno a la soberanía de cada Estado, ha impuesto a éstos las políticas de austeridad y empobrecimiento. Que la política de austeridad, es decir, de explotación y desposesión aceleradas, se impone desde un centro externo a las "soberanías nacionales". Que la resistencia a esa política pasa por afirmar la soberanía nacional como un bien en sí. Que el Estado-nación puede hacerse herramienta de emancipación.

Esa visión está llena de contradicciones. Illueca, Monereo y Anguita escriben "*El gobierno italiano parece ser el único que ha tomado nota de la importante Resolución del Parlamento Europeo aprobada el pasado 31 de mayo sobre la lucha contra la precariedad laboral...*". Pero esa *importante resolución* de lucha contra la precariedad es del Parlamento europeo, una institución de la UE, mientras que los

Estados miembros, según ellos salvo el italiano, hacen oídos sordos a ella. No veo ninguna "soberanía nacional" aplastada desde la burocracia de la UE. Los compañeros podrían decir, con razón, que el Parlamento europeo, la más democrática de las instituciones europeas, tiene un papel subordinado en la UE, y que cuando hablan de la UE hablan de "donde se parte el bacalao". Pero la pregunta, entonces, es ¿quién parte el bacalao? ¿quién impone políticas de precarización y empobrecimiento?

El núcleo duro de mando en la UE no es una burocracia radicada en Bruselas, sino una compleja articulación de élites económicas y de gobiernos, castas "gobernantes" y "altas sociedades" de todos los Estados miembros, más un débil aparato institucional europeo subordinado casi completamente a las decisiones tomadas por el Consejo europeo en el que los gobiernos "nacionales" representan a esa amalgama de élites. Por mucho que se insista en la evidencia de que la institución más poderosa de la UE, en los tratados y en los hechos, es el Consejo europeo, una y otra vez se repite que las instituciones nacionales han sido sometidas a un poder externo a ellas radicado en Bruselas. Pero no es así, las principales competencias de decisión, de propuesta o de veto recaen sobre el Consejo de jefes de Estado y de Gobierno, que desde hace mucho años ha formalizado el consenso neoliberal imperante en las élites de las sociedades.

Esa primacía institucional tiene lugar en una gobernanza material compleja, en la que no pueden hacer lo que les dé la gana ni los gobiernos nacionales, ni cada gran grupo capitalista en particular, ni la Comisión europea o el Banco Central, pues hay diversidad de intereses y esa gobernanza se subordina a la acumulación del capital y a la fase del ciclo económico; los gobiernos alemán o francés tienen mucha más influencia que el español o el italiano, y unos grandes grupos empresariales más que otros, la coalición es asimétrica, pero es coalición.

No estamos ante la imposición de un proyecto neoliberal desde una camarilla o una burocracia extraterritoriales, estamos ante un consenso neoliberal que, con tensiones, aún a la *alta sociedad* europea y a los gobiernos, a las castas políticas y a las oligarquías económicas. Ese consenso neoliberal se impone a la población europea, pero no a los Estados ni a los grupos dominantes en cada país, que son parte del consenso. Es más cierto decir que la UE tiene la política que tiene porque la imponen los Estados que decir que los Estados aplican la política que aplican porque la impone la UE, aunque ambas descripciones son parciales porque la política no es autónoma respecto al conflicto social y a los intereses esenciales del poderoso "partido del privilegio", ni menos aún a la "lógica objetiva del Capital". La política hegemónica en la UE lo es porque, en la actual correlación de fuerzas, favorece la expansión del Capital (que no es lo mismo que "la empresa").

Que los Tratados limiten ciertas competencias de los Estados es coherente con la idea de Unión Europea. Pero cuáles y cómo es terreno del conflicto social y político. Si los Tratados no cambian a mejor es porque los Estados-miembro lo bloquean pues su función primordial como Estados es garantizar las condiciones idóneas para la acumulación del capital, no "defender al pueblo".

En ese marco, se producen duros choques ocasionales, como fue el caso griego, el más duro por la violencia de los recortes impuestos, no porque Grecia fuese "euroescéptica", que no lo era, o matizaciones prudentes tendentes a acentuar políticas sociales sin saltarse "las reglas", como es el caso actual de Portugal o el que podría resultar de la aplicación de los acuerdos entre PSOE y Unidos Podemos. Pero no creo que el caso italiano sea comparable en nada a lo que fue la derrotada resistencia griega y ni siquiera a las experiencias de los actuales gobiernos socialdemócratas de Portugal y España, con sostén externo de otros partidos. Las tensiones en torno a los Presupuestos 2019 de Italia son fuertes, pero

eso no quiere decir que el contenido de los presupuestos sea progresivo. Es altamente dudoso que el gobierno Salvini-Di Maio llegue a romper con la UE ni que esta llegue a tratar a ese gobierno fascistizante y al país como trató a Syriza y Grecia, pero incluso si tal ruptura se produjese sería sobre bases neoliberales y creo que con resultados desastrosos para la población italiana... y ya veríamos para la de otros Estados-miembro de rebote.

No estamos en una UE en la que una camarilla exterior a los Estados impone políticas masacrando resistencias "nacionales", sino en una UE socialmente gobernada por las élites económicas y políticamente administrada por algunas instituciones europeas... sobre todo por la menos europea y más "nacional" de todas, el Consejo.

Entiendo que, si una amplia mayoría de gobiernos neoliberales en la UE bloquea la salida de la política de austeridad, se pueda deducir que cuando surja un gobierno decidido a oponerse a esa política, aunque sea moderadamente, la opción mejor es irse de la UE o al menos del euro para tener las manos libres. Pero esa visión parte de una ilusión: la de que las limitaciones materiales efectivas de lo que un gobierno "nacional" o un país pueden hacer dentro de la actual UE cesarán en cuanto salga de la UE o del euro. Pero eso es un espejismo. Un espejismo alentado por ciertos "keynesianismos" que insisten en que un Estado con su propio Banco central puede emitir tanto dinero como quiera, sea cual sea la real creación de riqueza y los niveles de productividad, sin provocar una escalada de la inflación y otros reveses. La verdad es que si un Estado como España o Portugal o Italia optase por la salida del euro se encontraría con una muy fuerte devaluación de la nueva "moneda nacional" y una muy fuerte caída del poder adquisitivo de las clases populares. Esa y otras razones las explica Gabriel Flores, en "¿Es la salida del euro una alternativa real?" (bit.ly/2SoP7rY). Como él, no excluyo que se llegue a una situación de tal descomposición de la UE

en que la salida de ella sea menos mala que la permanencia, o la expulsión inevitable para algún Estado, pero creo que aún no se ha llegado a ella y que no es lo deseable.

Resistir al neoliberalismo es difícil. Pero lo es mucho más desde el aislamiento y desde una pretendida "soberanía nacional" ilimitada en un mundo en el que los movimientos de capital y mercancías, de personas, de tecnología y comunicaciones, de ideas y de mitos, de aspiraciones y deseos, de contaminación y riesgos ambientales, hasta de pasiones futboleras, se globalizan de forma acelerada. Lo que está en discusión no es si hay que luchar contra el neocapitalismo, contra el patriarcado y contra un modelo de producción que nos acerca cada día más a una catástrofe, sino el cómo hacerlo. *Lo que está en discusión es si hay que rebelarse para irse de la UE o del euro, para desglobalizar, o si hay que globalizar la rebelión, llevarla a cabo en los verdaderos escenarios en que tiene lugar el conflicto social y político, darle la dimensión transnacional que hoy se requiere para hacer frente a los desafíos planteados.*

III

Este dilema entre *rebelarse para desglobalizar o globalizar la rebelión* es muy diferente al que proponen Illueca, Monereo y Anguita: *"La clave, se quiera o no, es la contradicción cada vez más fuerte entre los partidarios de la globalización neoliberal y aquellos que, con más o menos conciencia, defienden la soberanía popular y la independencia nacional y apuestan por la protección, la seguridad y el futuro de las clases trabajadoras"*. Mezclan dos antagonismos que pertenecen a ámbitos diferentes, *globalización/soberanismo* y *neoliberalismo/derechos clases trabajadoras*. ¿Dónde encajan aquí los neoliberales antiglobalizadores? ¿Dónde encaja el activismo antineoliberal que trata de globalizar la rebelión y no comparte la ilusión "soberanista"?

Si aceptamos esa dicotomía, todo está perdido. Porque lo que haría fuertes a las clases populares no es la "independencia

nacional", que nunca es soberanía popular, ni el proteccionismo, que nunca protege a los sectores empobrecidos, sino su alianza transfronteriza. Y porque el flujo globalizador, presente en la lógica del Capital desde sus inicios, no es sólo una "política", una opción, sino que tiene que ver con cierta "objetividad" del desarrollo capitalista e incluso con otros aspectos de la evolución de la humanidad, hoy dominada por el dominio del capitalismo pero no completamente determinada por éste como si fuese el único componente de la vida social.

Puedes ponerte al margen de la UE, pero no te pondrás al margen de ese flujo global. Obviamente, en un mundo cada vez más capitalista -en el sentido de más acorde al concepto del Capital- la globalización es esencialmente "capitalista", también lo son los planes proteccionistas o los repliegues nacionales. Si se habla de "globalización capitalista" también se puede hablar de "soberanismo capitalista". La ilusión que hay tras todo esto es la de que el enemigo a batir es "la globalización", y que por tanto todos aquellos que digan combatirla tienen algo de "progresista" y pueden ser aliados al menos provisionalmente.

Esperar beneficios para las clases populares de "desglobalizadores" y "proteccionistas" a lo Trump, Salvini o May es una ingenuidad. Esos proteccionismos son bastante retóricos, y aún de aplicarse hasta cierto punto nadie debe esperar mejoras para las clases populares, que siempre son las más perjudicadas en los grandes desequilibrios económicos y recesiones. Hace ya mucho tiempo un gran sabio y activista social llamado Karl Marx escribió, hablando de la política de aranceles proteccionistas, que "más bien vemos ese sistema como la organización de un estado de guerra en tiempo de paz, un estado de guerra que, aunque al comienzo se dirija contra países extranjeros, necesariamente se vuelve contra su propio país cuando se aplica de manera efectiva" (22/11/1842, en la revista *Rheinische Zeitung*).

Los movimientos igualitarios y libertarios

no deben tomar la globalización como una opción entre otras del capitalismo ni pensar que es la peor de ellas, sino como un ineludible escenario en el que llevar a cabo las luchas; no es la globalización lo que nos limita sino el que los grupos de privilegio actúen a escala global y las clases populares no hayamos aún sido capaces de hacerlo (excepción: huelga mujeres 8M). Y aunque por ahora no aparece en el horizonte una posibilidad cercana de transformación radical de la organización social de la comunidad humana, en realidad esta tendrá más posibilidades en un marco globalizado que en un marco de fragmentación, en la medida de que varios de los grandes desafíos que tenemos como humanidad sólo pueden "gestionarse" globalmente.

No hay concordancia entre la utopía de la "soberanía nacional" y los intereses de las clases populares, la "soberanía" es soberanía *sobre* las clases populares y cesión de la autonomía de estas a un Estado que expresa la dominación de grupos de privilegio. No cabe desafiar exitosamente los proyectos neoliberales imperantes en la UE desde la voluntad local de un gobierno, sin la apuesta por la construcción popular socio-política a escala global y, en particular, europea, luchando en los espacios de conflicto político y social realmente existentes. La "soberanía nacional" es una cortina de humo. Tras cualquier proyecto fascista, autoritario o totalitario no está nunca la "soberanía popular", sino la intención de destrucción duradera de la capacidad de construcción popular y de resistencia de la población ofendida y humillada.

¿Se trata entonces de defender el "libre movimiento de capitales"? Tampoco. Es la propia lógica de expansión del Capital y de competencia entre los capitales lo que empuja a esa "libertad" de movimiento; los horizontes libertarios, socialistas, democráticos e igualitarios no tienen nada que ver con una elección entre globalización capitalista y soberanismo capitalista, entre globalización bajo la hegemonía de los grupos privilegiados y repliegues nacionales bajo

esa misma hegemonía. Pero el problema del proteccionismo neoliberal, frente al globalismo neoliberal, es que el primero genera una ilusión destructora, la de que el "enemigo" está fuera, que el enemigo no es la apropiación privativa de la riqueza social por el oligárquico "partido del privilegio", empezando por el de nuestro propio país, sino que el enemigo son los productos chinos o está en Bruselas. Y esa ilusión es tan dañina como la de que a las personas españolas les niegan una protección social "porque" se les da a "extranjeros" y no porque hay tendencia a la acumulación de la riqueza en pocas manos, obtenida por medio de la explotación y también de la desposesión. El capitalismo globalizador también genera ilusiones, pero al menos muestra cuál es el ámbito real en que se plantea el desafío, aquel en que se confrontan fuerzas y se forman alianzas. Y eso debería incitarnos a globalizarnos, a luchar por mejores salarios para nosotros y para los trabajadores chinos (no por aranceles a los productos chinos), a construir alianzas que ya ni siquiera sean *inter-nacionales*, sino *trans-nacionales*. Obviamente, esto no se hará por arte de magia, la construcción popular y las luchas sociales seguirán teniendo durante mucho tiempo arraigo territorial fuerte y desarrollos "desiguales y combinados", y por descontado hay que defender los empleos, tanto si los despidos masivos se deben a deslocalizaciones como a otros motivos, y reclamar, si se pierden, alternativa laboral o renta suficiente. Pero para ganar hay que tener un horizonte realista, y el horizonte soberanista no lo es. Las luchas antipatriarcales y por un mundo sostenible también tienen un horizonte global. Quizá de forma aún más clara y consciente que en el ámbito de las luchas sindicales, en el que la ilusión "nacional" ha penetrado más, quizá por que el sindicalismo hegemónico ha jugado a ser considerado parte algo informal del "Estado", lo que también debe ser pensado más allá del cliché de la "traición", que tanto explica que no explica nada. Posiblemente, en este momento las mujeres

del mundo tengan un nivel de empatía mutua mucho mayor que el existente en la clase trabajadora mundial, que tras una serie de fracasos históricos está (estamos) muy lejos de autopersuadirse como tal.

IV

Coincido con Illueca, Monereo y Anguita en que la creciente influencia de corrientes ultraderechistas, nacionalistas excluyentes y xenófobas no puede afrontarse desde la consideración de que quienes sufren esa influencia son necesariamente fascistas y racistas, incluso cuando empiezan a asumir clichés reaccionarios. Sería un error terrible pensar que el apoyo electoral a esas corrientes, o incluso el que empiecen a escucharse en nuestros barrios frases lamentables dichas por gente trabajadora o incluso en pobreza severa, es algo cerrado, consolidado, sin contradicciones. Sería un error pensar que estamos ante un conflicto entre una "buena" manera de pensar y una mala, que se trata de un debate ideológico o académico, olvidando su trasfondo social. En ese sentido, reconozco en Illueca, Monereo y Anguita un esfuerzo, no muy frecuente en unas izquierdas hegemoneizadas por una "clase media universitaria", para pensar las condiciones reales de vida de la población y para hacerlo sin ignorar problemas y conflictos que padecen las clases populares por muy complicado que resulte encajarlos en visiones preconcebidas sobre el "buen pensar". Al menos, ellos no miran hacia otra parte, aunque pienso que la suya es una mirada equivocada.

Cuando en las clases populares surgen resentimientos hacia franjas de las clases populares no basta con condenar, hay que investigar por qué, hay que entender, hay que actuar. Estos resentimientos no se limitan al racismo, también se incitan desconfianzas ante las familias que ocupan pisos vacíos, o hacia las que cobran algún tipo de prestaciones sociales, o contra el funcionario, o contra quienes hacen huelgas "de las que se notan", etc. Hoy por hoy, esa intención se detecta perfectamente en la

retórica y en las decisiones de Rivera y Casado. Su gran objetivo estratégico, y donde se decide el futuro inmediato mucho antes que en las urnas, es fragmentar a las clases populares y dejar en la cuneta a su franja más pobre. Y no podemos ignorar que, pese a que durante algunos años el impulso 15M bloqueó esa deriva y construyó complicidad social, ahora están avanzando en su objetivo.

Por ejemplo, por hablar de lo que conozco por mi propia actividad social, cada vez son más -aunque minoría- las personas que al serles negada injustamente una prestación social o una vivienda sueltan lo de que "se la están dando a moros, gitanos, sudacas, rumanos...". Por ejemplo, en una situación en la que los servicios sociales municipales, sin personal, sin medios y sin recursos, no funcionan y no dan soluciones -ni remiendos- a los problemas de vivienda y pobreza, la tensión se centra cada vez más en las relaciones entre las trabajadoras sociales hastiadas y las indignadas y desesperadas personas que no reciben la ayuda que necesitan, mientras los responsables políticos pasan de puntillas a ver si se olvidan de ellos. Por ejemplo, en la medida que el empobrecimiento de una gran franja de población y la imposibilidad para ella de obtener una vivienda familiar están generando una acumulación de pobreza sobre zonas populares ya muy modestas, que así se degradan más, las tensiones intervecinales se multiplican. Y si esa sobreacumulación de pobreza tiende a generar guetos, que no son "mestizaje", es muy fácil que las tensiones intervecinales tiendan a verse como tensiones entre "comunidades de origen" y a generar prejuicios mutuos pese a compartir dificultades y abandono social; es muy difícil que poblaciones que sienten que no se les reconocen derechos sociales puedan sentirse comprometidas con deberes cívicos, y es muy difícil que quienes padecen graves problemas de convivencia en sus barrios y en riesgo viejas seguridades no se exasperen.

Subestimar estos riesgos es un grave error.

Es cierto que las encuestas tienen un valor relativo y que la percepción sobre la inmigración tiene cambios bastante rápidos, muy influida por noticias o hechos de última hora, lo que confirma que en España no hay un gran "racismo estructural". No obstante, la variación entre septiembre 2017 y septiembre 2018 de la percepción de la inmigración como problema es demasiado significativa como para ignorarla. En sólo 12 meses el porcentaje de población que considera que la inmigración es uno de los tres principales problemas de España ha pasado de un 5,7% a un 15,6%. Ese dato hay que matizarle porque una parte de ese ascenso puede no deberse a un aumento en la inquietud por la inmigración sino a una disminución de la inquietud por otros asuntos: por ejemplo, cayó mucho la preocupación por el terrorismo internacional o por la corrupción y el fraude. Pero es una evolución relevante por la que hay que preocuparse, campo abonado para la ultraderecha, con la peculiaridad de que en España están impulsando las tesis de ésta Casado y Rivera, aunque sin veleidades "antisistema" ni "antiélites" ni "anti UE" a lo Le Pen.

La inquietud crece al ver cómo ha aumentado esa preocupación por la inmigración según la condición socioeconómica. Ha aumentado a ritmo superior a la media entre pequeños empresarios tipo "obrero-patrón" (¡mucho!), obreros no cualificados, técnicos-cuadros medios y desempleados. Tras esos aumentos, los grupos socioeconómicos que con más frecuencia incluyen la inmigración entre los tres problemas principales de España son esos pequeños empresarios (29%), obreros cualificados (18,3%), parados (17,9%), empleados (16,8%) y obreros no cualificados (16,2%). Los grupos que menos *problemizan* la inmigración son estudiantes, jubilados y una élite de directivos y profesionales (13,7%). Si entendemos que la inquietud por la inmigración es en algunos casos ideológica, pero en otros muchos es una respuesta equivocada a problemas reales, veremos también que, esencialmente, el crecimiento

que se observa en esos 12 meses tiene mucho que ver con la segunda modalidad. Es como si quienes viven más alejados de las condiciones de vida de las y los inmigrantes (directivos, altos profesionales) sólo obtuvieran ventajas (mano de obra barata, empleo doméstico, etc.) pero protegidos del *olor de la pobreza*, mientras que quienes viven en condiciones más similares (parados, obreros no cualificados) o en cercanía territorial (comerciantes de los barrios) estuviesen desplazando parte de la furia contra las élites que se expresó el 15M2011 hacia la población inmigrante en particular y hacia los pobres en general, no por racismo ideológico sino a causa de problemas sociales que también generan problemas de convivencia reales o imaginados, pero muchas veces reales. Eso no puede transformarse sólo desde la ideología y el buen rollito sino que requiere actuaciones sociales y reconocer y actuar sobre los problemas de *toda la población*, los problemas de vivienda, los problemas de necesidades sociales, los problemas de ruido, los problemas de suciedad, los problemas de deterioro urbano, los problemas de incivismo, volcando esfuerzos en los barrios populares y no sólo en los que van a ver los turistas. Al racismo hay que combatirlo. Pero el racismo no va a ser derrotado sólo desde el "antiracismo", aun siendo éste cada vez más necesario y una tarea social específica extraordinaria, no sólo en el movimiento directamente vinculado a esa lucha sino en todos los movimientos. Cuando en un barrio popular surgen tensiones entre fracciones de grupos de población de diferentes orígenes, no basta con montar un "concierto mestizo", que está muy bien, hacen falta políticas sociales tomadas como prioridad.

Las causas actuales del ascenso de la ultraderecha residen en la degradación social, en la precariedad, en el empobrecimiento, en la dislocación de los territorios de convivencia, en la escisión entre derechos sociales y deberes cívicos, en el amontonamiento de poblaciones diversas en espacios

empobrecidos que cada vez se empobrecen más y que cuanto más población empobrecida reciben más se degradan ante la indiferencia de las instituciones, en la insuficiencia de los recursos sociales y la competencia por ellos creada artificial e intencionadamente, en la "tierra de nadie" en que se ha dejado a nuestros vecinos "sin papeles" para que acepten condiciones de trabajo y vida inhumanas, en la imposibilidad de acceso a viviendas dignas, en la destrucción de unos servicios sociales que no funcionan, en el cinismo de unas instituciones que expulsan sin alternativa de sus viviendas a familias de diversos orígenes pero se resisten a intervenir para resolver conflictos intervecinales de convivencia. En mi barrio sufrimos una campaña de Ciudadanos insinuando que es una zona de alto riesgo y criminalidad, lo que es mentira; pero, como sí hay serios problemas de convivencia y barriales, si no se reconocen y resuelven Ciudadanos ganará credibilidad, y la ganó, al menos hasta que gracias a los esfuerzos de una asociación vecinal, de gente del barrio y de algunos servicios municipales la cosa empezó a tomarse en serio, pero aún con muy pocos recursos y con muchas limitaciones.

Es imprescindible entender lo universal de una pregunta aún no planteada con seriedad: ¿por qué muchos de los votantes comunistas de los barrios populares de Francia -o sus descendientes- pasaron a votar al Frente Nacional? No fue desde luego por un "virus mental", tuvo mucho que ver con un marcado abandono social. En eso estoy de acuerdo con Illueca, Monereo y Anguita; lo que no compartiría es que se pensase que por ese motivo el Frente Nacional de Le Pen no es una fuerza reaccionaria muy peligrosa, o que no lo es la alianza La Lega-M5S.

A esa degradación y a ese racismo no se les derrotará sin un gran esfuerzo social. No hay ninguna posibilidad de ganar un combate "antiracistas contra racistas" si no se articula en un marco de autodefensa de las clases populares contra las agresiones de la

oligarquía capitalista y contra el abandono de nuestros entornos de vida por los gobernantes de estados, regiones y municipios. Pero la idea de "clases populares" como bloque social no es algo que "va de sí", espontáneo, sino que ese bloque debe ser creado, construido, aunque no "desde fuera" de las propias clases populares por una "élite de vanguardia", que nunca podrá hacerlo. No hay un "Lego" de construcción popular a disposición de los ensayos de una vanguardia ilustrada. Lo que sí cabe es que cada cual aporte al esfuerzo colectivo lo que sabe y es capaz de hacer. Persistencia y paciencia. Organización y apoyo mutuo. Aprender y enseñar. Y lo que tenga que llegar llegará... o no.

Por descontado, en ese esfuerzo combinado por la dignidad social y contra el racismo, instituciones como los ayuntamientos podrían hacer mucho, pero para eso deberían asumir una inequívoca prioridad social, una prioridad por los barrios populares, un riesgo; y deberían entender que los problemas de las personas tienen una urgencia que no casa con la parafernalia institucional y sus ritmos. Algunos ayuntamientos han hechos serios esfuerzos por ello, con muchas dificultades y deficiencias, pero los han hecho (por ejemplo, los de Barcelona o Santa Coloma de Gramanet), pero otros, incluso "ayuntamientos del cambio", han renunciado a ello. Al menos así lo vivimos muchas personas, incluso muchas activistas sociales, en mi barrio madrileño en el que se mezclan zonas de muy alto poder adquisitivo con zonas cada vez más degradadas, sin que desde la institución se reciba otro mensaje que el de la adaptación -es lo que hay- o, en el mejor de los casos, impotencia y resignación, "no podemos, no me dejan".

En todo caso, a las instituciones podemos y debemos presionarlas, pero el resultado siempre es incierto. Lo que depende de nosotras y nosotros es lo que hagamos. Y no debemos perder de vista que en los barrios populares no se debate sobre tesis doctorales, sino que se vive una fuerte in-

mediatez, la de la urgencia, no la de los "procesos de elaboración de planes" ni la de "a ver si en la próxima legislatura", la inmediatez de la cuestión social, que es la cuestión laboral y la cuestión de la vivienda, pero también la igualdad entre mujeres y hombres, el aire que respiramos, la limpieza de nuestras calles y el estado de nuestros colegios e institutos y de los espacios verdes y de juego y convivencia, y la de las listas de espera sanitarias, y de que podamos sentirnos libres en las calles y tranquilos en nuestras casas. Sin volver la vista ante cualquier problema que surja, por complejo que sea. Sin ceder a las mentiras de los que quieren lanzar a unos vecinos contra otros, pero sin negar los problemas intervecinales reales. Sin renunciar a un esfuerzo de aprendizaje colectivo, teórico también, pero de verdad, porque necesitamos entender el mundo en que vivimos y pensar otro, pero no fábricas de consignas ilusas que no llevan a ningún sitio. Necesitamos estudio y conocimiento, no recetas y adoctrinamiento.

Sólo así ahogaremos a la extrema derecha y a los neofascismos. Sin confundir a estos con nuestras vecinas y vecinos que puedan sentirse confundidos ante situaciones desesperadas o que amenazan las escasas seguridades con las que contaban. El desprecio es el germen del fascismo. Y ese desprecio puede dirigirse a quienes han llegado de fuera -o son hijos o nietos de que quienes llegaron de fuera- o a las clases populares 'autóctonas' que "no piensan correctamente".